Villa Colón

Arturo E. Mossman Gros

Pbro. Salesiano.

1872-1922

VILLA COLÓN

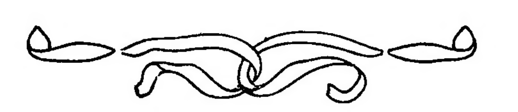


ARTURO E. MOSSMAN GROS
Pbro. Salesiano

EN EL

CINCUENTENARIO DE SU FUNDACIÓN

1872 - 1922



MONTEVIDEO

VILLA COLÓN

PALABRAS INICIALES

Desde hace cincuenta años, sobre las fértiles tierras de labor, en las agitadas arterias de sus avenidas, en el sonoro colmenar de sus viviendas humanas, Villa Colón ha venido forjando su historia, ha venido grabando su vida; acá de arcádica placidez eglógica; allá, de hervorosa agitación ciudadana. Riqueza, movimiento y hermosura, son el tríptico palpitante y característico que cantan incansables el hervor de sus rojos lagares, el áspero crujir de las llantas sobre sus carreteras y entre el zumbido de la arboleda sombría, la orquesta triunfal de sus pájaros y de sus niños.

Pero junto al poligrama de surcos que ha trazado la reja y donde han escrito su sonata pastoral trigales y viñedos; junto al jeroglífico polvoriento que ha vaciado en el suelo la rueda del vehículo; junto al monumento perdurable de los edificios y de los seres que en ellos moran, es justo que, al cabo de esos cincuenta años, la historia escrita venga a coordinar esos documentos de la historia viva y ponga un sello de perennidad sobre lo que debe ser más duradero que la hoja que se renueva con los días, que la huella que se borra con las lluvias, que las vidas humanas caducas como las hojas y las huellas: el esfuerzo de los brazos que hacen fecunda la tierra, el fulgor de las inteligencias que gobiernan el movimiento, la tenacidad y el amor de las voluntades que estabilizan y encauzan las fuentes del progreso y ponen su toque ideal de belleza en la árida rectitud de la marcha: todo lo que ha hecho que cincuenta años no signifiquen, en nuestra Villa, un perezoso vegetar de la maleza inculta, ni un agitarse sin objeto de las fuerzas vivas, ni un indolente matar las horas de los hombres; sino un haz de energías en incesante crecimiento, presididas por un afán de progreso clarovidente y sano.

Eso reclama, de justicia, estas páginas, que el Comité Organizador de las fiestas cincuentenarias de la fundación de la Villa, ha colocado en el número de los actos conmemorativos de la misma. La premura con que éstos se han



LA ANTIGUA ENTRADA SEÑORIAL

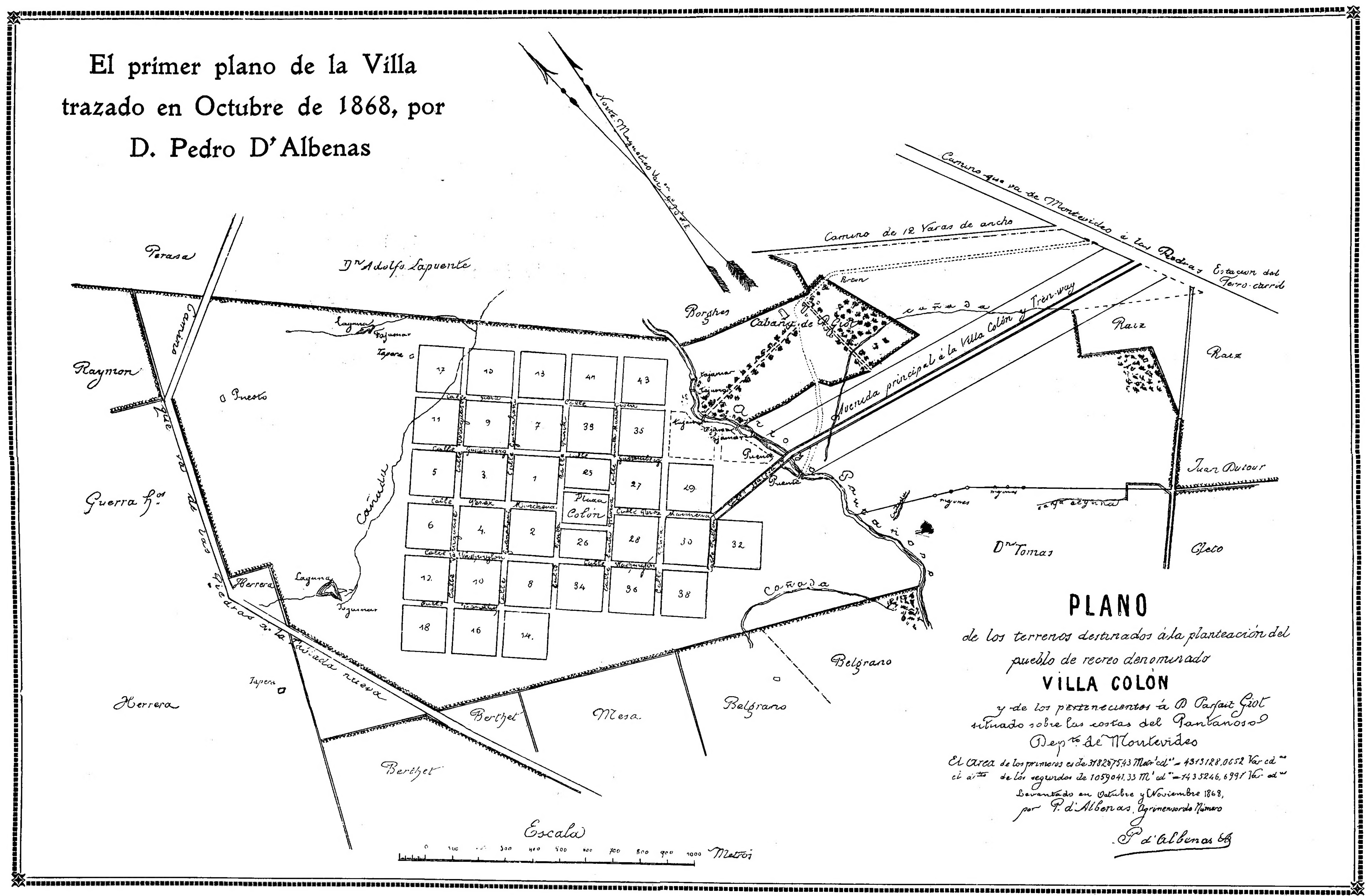
debido organizar, excluyen de este trabajo toda pretensión de obra puramente histórica; menos aún de obra completa. Aún con tiempo y medios de hacerlo, el autor no tendría jamás pretensión semejante, porque nunca se ha sentido con afición a desempolvar archivos y huronear bibliotecas, y porque cree que está más cerca de la realidad de las cosas humanas "vividas", la narración imprecisa y un tanto legendaria, recogida de los labios de algún viejo vecino, que las fórmulas falsamente precisas de documentos oficiales.

No los ha dejado de consultar cuando le han salido al paso; pero, como no es su intento encerrar un libro más en la biblioteca de los eruditos, sino arrojar sobre la ociosa mesa del *hall* un manojo de recuerdos de la Villa, ha ahorrado investigaciones graves y se ha empeñado en prodigar — de lo desteñido de su paleta — cuanto fuese colorido de vida, toque de luz con palpitación humana. De ahí esa intencional desproporción entre la parte narrativa y la parte gráfica, en las páginas de este librejo. Quizás hubiéramos satisfecho a la mayoría de los curiosos, coleccionando un álbum de fotografías, ordenadas cronológicamente, y grabando al pie de ellas un ligero apunte ilustrativo, que les hiciese recorrer, a la manera de los cinematógrafos, las etapas por que ha pasado la Villa en estos cincuenta años. Pero no habríamos cumplido con la justicia que exige que, junto al sucederse de las etapas progresivas, digamos a los que lean, qué preclaros y enérgicos espíritus iniciaron y presidieron y culminaron ese movimiento ascensional; para que los mayores no lo olviden, y los pequeños — que alguna vez se sentarán a la mesa del *hall* a manosear estas páginas — vayan aprendiendo a quiénes han de agradecer muchas horas de dicha y salud saboreadas a la sombra de los altos eucaliptus que saturan el ambiente de salubérrimas exhalaciones; a quiénes han de agradecer esta envidiable vida que atesora todas las comodidades y beneficios de la ciudad y todas las dulzuras y encantos de la campiña.

HOY

Hoy es Villa Colón un amplio parque de unas cuatrocientas cuadras cuadradas, situado a once kilómetros al Norte de Montevideo. Únenla a esta capital, la vía férrea del Ferrocarril Central del Uruguay, la Carretera Nacional y una línea de tranvías eléctricos. La surte de agua potable un ramal de las Aguas Corrientes de Santa Lucía, y está iluminada por la luz eléctrica de las usinas de Montevideo. Forman su trazado de planta, siete calles en dirección sureste-noroeste, a partir desde el arroyo Pantanoso hasta el Camino de las Tropas, cortadas en ángulo recto por catorce calles que mueren al suroeste en dicho camino y al noreste en campo abierto.

La Avenida Lezica, amplia estrada de veinticinco metros de ancho, forma el eje de las primeras hasta el arroyo, y se prolonga luego, flanqueada a la derecha por su émula, la Avenida Giot, hasta el Camino Nacional.


El primer plano de la Villa
trazado en Octubre de 1868, por
D. Pedro D'Albenas
PLANO
de los terrenos destinados á la planteación del
pueblo de recreo denominado
VILLA COLON
y de los pertenecientes á D. Parfait Giot
situado sobre las costas del Pantanoso
Depto. de Montevideo
Levantado en Octubre y Noviembre 1868,
por P. d'Albenas, Agrimensor de Número
P. d'Albenas
Camino que va de Montevideo á las Piedras
Camino de 12 Varas de ancho
Avenida principal á la Villa Colón y Tren-way
Estacion del Ferro-carril
Cabaña de Giot
Dn. Adolfo Lapuente
Perasa
Raymon
Guerra Hnos.
Herrera
Berthet
Mesa
Belgrano
Borghes
Raiz
Juan Dutour
Dn. Tomas
Plaza Colón
Puesto
Tapera
Laguna
Cañada
Puente
Escala
Metros

Más de un millón de eucaliptus y otros árboles forestales bordean de perenne verdor estas calles. Palacetes de variados estilos, con sus rojizas aguas de tejas unos, con sus chinescas cúpulas de pizarras otros, emergen del mar de verdura, como islas y peñascos llenos de vida y de color.

Allí, como huyendo del rumor de la avenida, hacia la paz del bosque, el antiguo Hotel Giot esconde el silencio de sus salas, un día bulliciosas, en lo más apacible del viejo Parque.

Allá, asomado al arroyo Pantanoso, el Gran Monte Carlo, bajo su dosel de sauces llorones—como en una paradoja—tiende la alegría de sus trípodes veraniegas que, en las tardes festivas, hormigueantes de rostros



Eucaliptus. — Los más antiguos y los mejores farmacéuticos de la Villa. Y viñedos farmacéuticos también y alguna vez — por culpa de los hombres — "droguistas".



Don JEAN PIERRE SERRÉS

Vive en el pago desde 1862. Vió nacer la Villa y le alegró la cuna plantándole, con sus manos, la mayoría de los eucaliptus, a las órdenes de Mr. Giot. Hoy anda aún muy tieso y mira a los gigantes como diciéndoles: Yo os tuve en mis manos cuando érais un poroto.

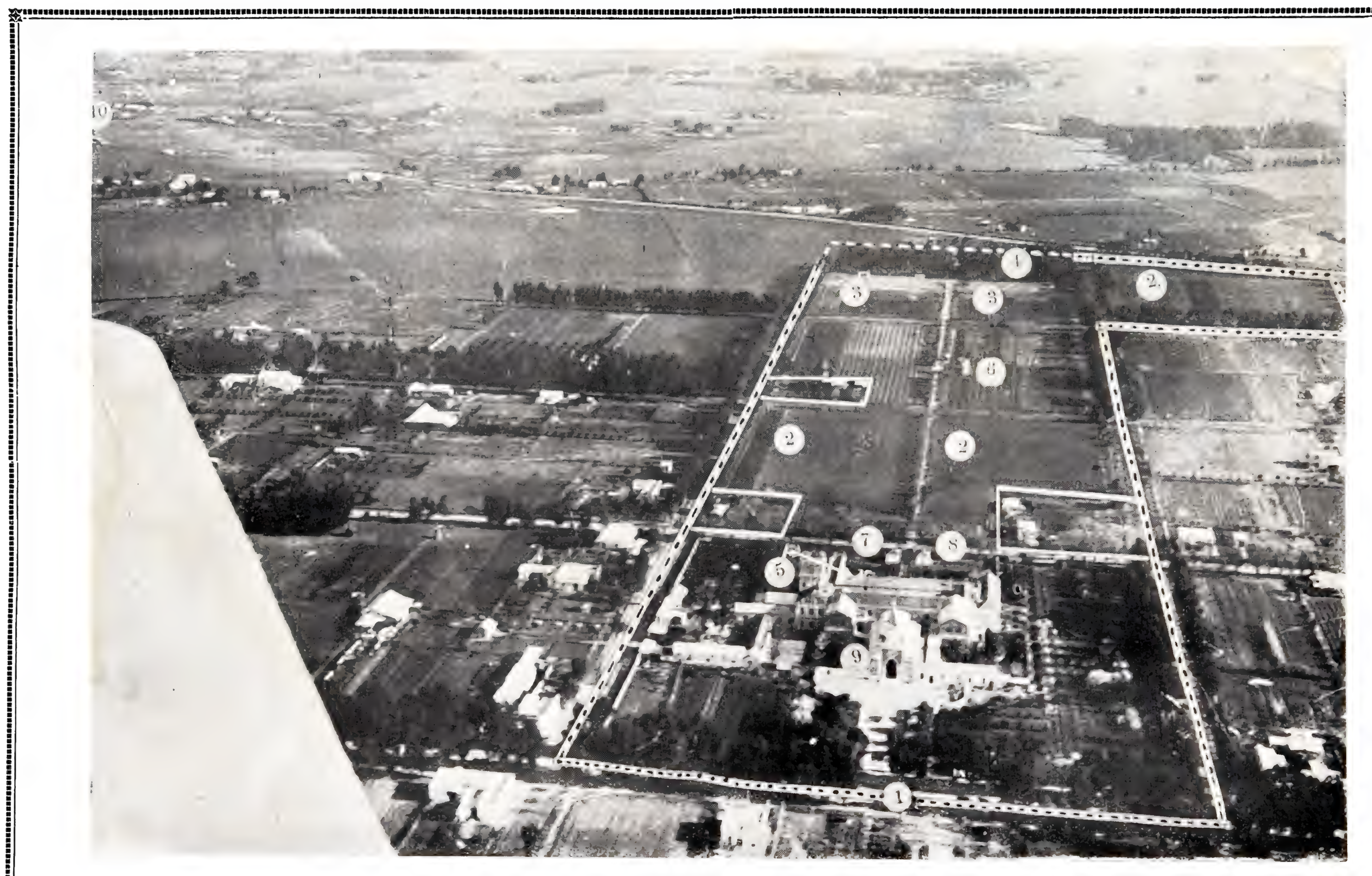
jubilosos, resuenan como una asamblea de aves en un campo de mieses.

Más allá, ceñido de su viejo muro de austeridad — también él casi paradojal — el Colegio Pío, estride a veces con la grita de sus cuatrocientos muchachos, o duerme silencioso sus horas claustrales, mientras guarda — centinela sagrado — su sueño de ciencia, la torre del Observatorio.

Y allá en el extremo noroeste, — fuera ya de nuestro recinto, porque ella necesita la amplitud de los campos y de los espacios, la Escuela Nacional de Aviación Civil, ha venido, hace unos años, a tender la ligera carpa de sus hangares, el leve nido de sus aves rumorosas. ¿Es nuestra? Sí, porque nos ha pedido el nombre de familia; si no, no sería de nadie, porque sus dueños son hijos del aire anónimo.

Este es el plano "de relieve" de Villa Colón; pero, si le miráis desde la altura, de donde lo miran pájaros y aviadores, veréis que por doquiera, el fondo del paisaje es como una inmensa página que se corta con largo rayado de tinte tornadizo: borroso en los días invernales; de ocre y bermellón en Abril y Mayo; verde-luz en Octubre; esmeralda, triunfante en todo el verdor que lo circunda, en los ardientes días de estío. Si descendéis a ellas en las primeras semanas de Marzo, sentiréis que las líneas de aquella página vibran con rumor de trabajo, y que en ellas negrea un poema de dulzura y de fuerza. Es la canción de las vides que augura alegría y riqueza; es el viñedo esplendente de racimos maduros, sangre y alma de la Villa, que inunda su entraña, que desborda en sus contornos, que la obsede por sus cuatro costados.

Tal es hoy Villa Colón, al cabo de su medio siglo de



Vuelo de pájaro tomado por el Sr. Adami, sobre el Colegio Pío

vida. Tiene su fisonomía propia, inconfundible ya, en su enérgica juventud. Vamos a sacudir un momento los pergaminos de su abolengo, y a ver qué manos forjaron y mecieron su cuna y qué almas le fueron legando esta herencia de energía y de belleza que vive en sus arterias.

AYER

Dicen unos viejos papeles amarillentos, que trascienden humedad y polilla:

" Resumen general de los terrenos pertenecientes, por " los títulos historiados, a la *Sociedad Cornelio Guerra,* " *Hermanos y Compañía:* De los terrenos vendidos por el " señor Lafone al Sr. Frías, excluídas las cien cuadras cua- " dradas reservadas por dicha sociedad, 290 cuadras. De " los terrenos de los mismos que pertenecieron al Sr. Klen- " gel, 35 cuadras. De los terrenos adquiridos del Sr. Lam- " mers, sesenta cuadras. De D. Juan Monro, 12 cuadras y " 7137 varas. De la Sucesión de Gervasio Herrera, 6 cua- " dras y 3986 varas. Y de doña Carmen Antuña y Don Faus- " tino Silva, 19 cuadras y 4793 varas. Suman 423 cuadras " y 5906 varas cuadradas, o sean 312 hectáreas, 55 áreas y " 94 centiáreas. Que en este terreno, cuya área superficial " resulta exacta, según mensura practicada por el Agrimen- "' sor D. P. D'Albenas en los meses de Octubre y Noviem- " bre de 1868, *la sociedad Cornelio Guerra, Hermanos y* " *Compañía, fundaron un Pueblo con la denominación Villa* " *de Colón,* abriendo calles y formando fracciones y manza- " nas enajenando varias de ellas y reservándose otras, cuya " extensión, así como la numeración con que constan en " el plano respectivo, y los nombres de las personas a cuyo " dominio han pasado, se expresan a continuación:", etc., etc. Y sigue el papel viejo.

En esos "títulos historiados", de que habla al principio, nos remonta la genealogía hasta mediados del siglo diez y ocho, pues: "el terreno que procede de Da. Carmen An- " tuña y D. Faustino Silva, forma parte de la chacra que, " a mediados del siglo pasado, (la escritura fecha en 1873), " fué donada por disposición del Gobierno Español, en el " reparto de las chacras del Miguelete, al poblador Tomás " Aquino y su mujer María García".

Una rama del árbol genealógico pasa en 1760 por unos señores Cibils y Conceiçao; otra, en el mismo año, por don Joaquín Ortuño y don Antonio Glasi; otra, en 1770, por don Francisco Lores y el Convento de San Francisco; otra, dice el documento, "es parte de los terrenos que en mucha " mayor extensión, teniendo por límites los Arroyos Pan- " tanoso, Piedras, Santa Lucía (el Río), y Río de la Plata, " fué donado por el Gobierno de Buenos Aires con fecha " 25 de Agosto de 1814 al Brigadier D. Francisco Xavier " de Viana, siendo confirmada la misma donación por el " propio Gobierno el 24 de Diciembre del mismo año, cuyo " acto fué reconocido por las autoridades de esta Repú- " blica, etc.".

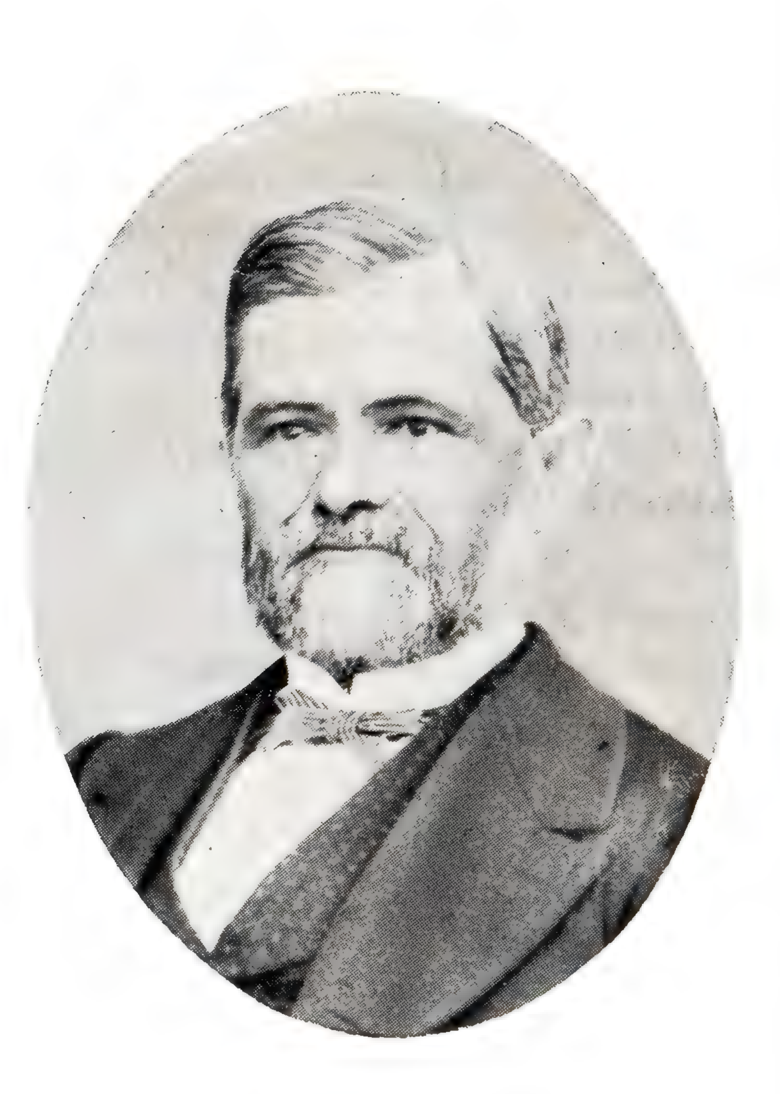
LOS PADRES
DE LA
VILLA



Don ADOLFO GUERRA



Don ALEJANDRO GUERRA



Don CORNELIO GUERRA

Hay otros cien nombres: oscuros los unos, conocidos y famosos los más. Pero a medida que nos venimos acercando a la época de la fundación, la mayoría de las propiedades van convergiendo hacia un único dueño. Ya se percibe la presencia de una mirada que ha visto, en estas feraces tierras, algo más que la sempiterna cuna de la gramínea de pastoreo; ya hay un interés en acaparar terrenos para sustraerlos a la rutinaria incultura y exigirles, regados de sudor humano, su tributo de bienestar y de hermosura. Desde el año 1863 al 1868, las 290 cuadras de Frías, las 35 de Klengel, las 60 de Lammers, habían pasado a ser propiedad de *don Perfecto Giot*. Él las enajenó a la Sociedad Cornelio Guerra y Cía., en 1868, y eran la casi totalidad de los terrenos de la Villa futura.

Las páginas de este opúsculo — si él ha de ser obra de justicia — han de engalanarse, cien veces más, con el nombre de este señor, porque la compulsación de los documentos, y más aún, el veredicto unánime de los viejos pobladores de la Villa, nos dan la persuación de que la concepción idealista, el plano no mercantil y, como consecuencia de ambas cosas, el diseño y la realización artística de Villa Colón, pertenece por muchos años, exclusivamente a él. En el plano levantado por d'Albenas, en 1868, al fundarse la Sociedad Cornelio Guerra, todo pertenece al inteligente y activo colono francés: el trazado de sorprendente anchura de las futuras calles (veintinco metros la Isabel 1.ª, diez y siete las demás), la selección industriosa y el delineado elegante del arbolado en calles y plazas; las solemnes y señoriales portadas de los cuatro accesos principales. Y junto a lo que todo era proyecto aún, su propiedad era ya espléndida y fructífera cabaña. Pero ya hablaremos de ello.

Esto es, pues, lo que nos dice de nuestros orígenes el viejo papel amarillento: Que en los meses de Octubre y Noviembre del año de 1868 se fundó una sociedad que firmaba Cornelio Guerra, Hnos. y Cía., y que, sobre los terrenos por ella adquiridos, en una cantidad de 423 cuadras, se trazó el plano de una villa que se denominó *Villa de Colón*.

Por otro conducto, hemos sabido a quién hemos de agradecer el llevar el nombre del gran Descubridor. Discutíase en tertulia familiar, entre los accionistas de la Sociedad, el nombre con que se habría de bautizar a la Villa. Había en el ambiente una preponderante tendencia a un nombre norteamericano: se nos quería llamar Chicago. Pero una señora, *Doña Inés Botet de Romero,* echó al tapete el nombre de Colón, y fué aceptado unánimemente.

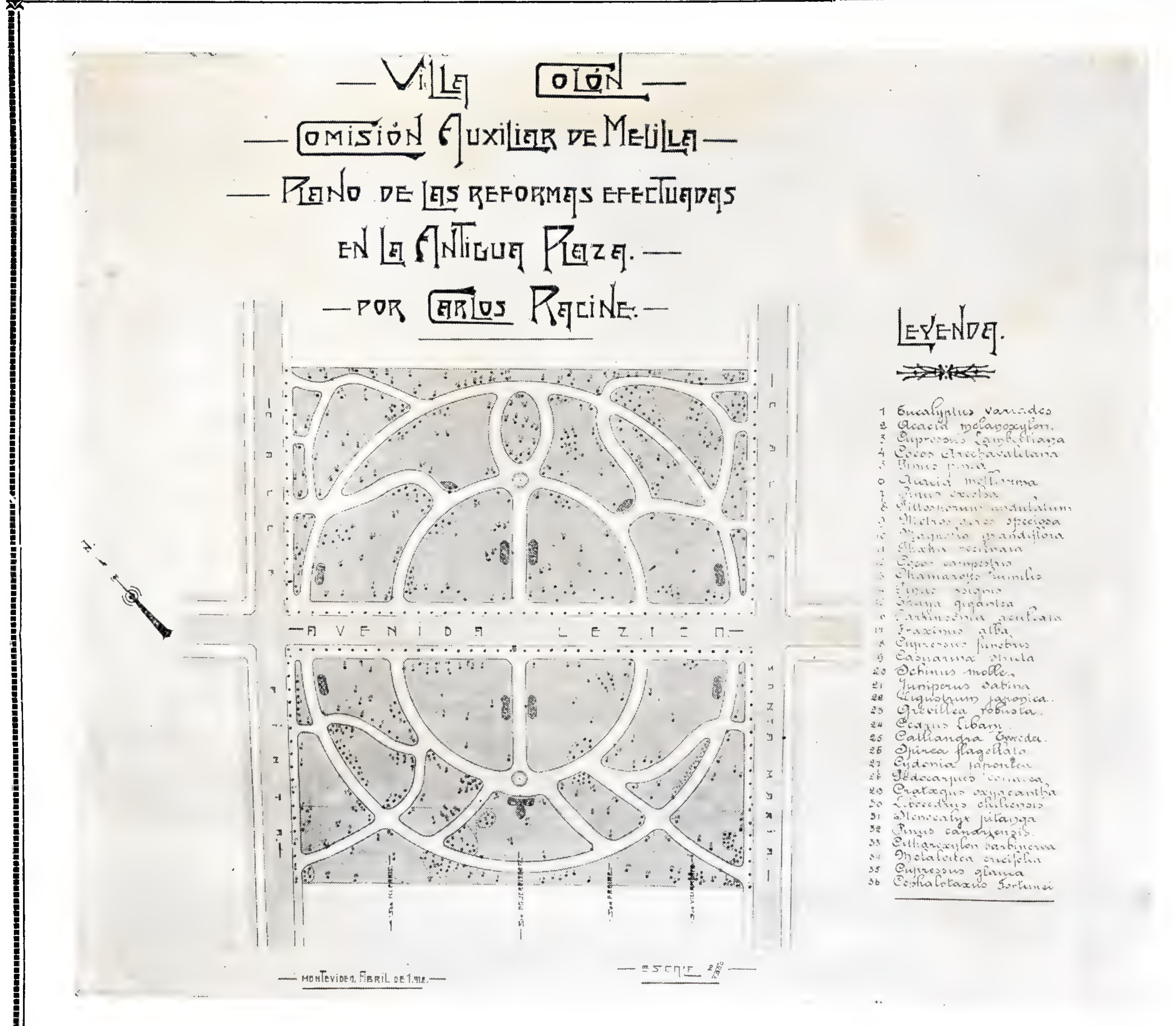


Doña Inés Botet de Romero

¡Bien haya la buena señora que nos libró de llamarnos con nombre tan mercantil y tan prosaico!



Chalet de Don Jorge Perey. A su derecha se ve uno de los cuatro primitivos, construídos por la sociedad fundadora



El plano de la plaza reformado. De la magnífica plaza primitiva "sólo quedan recuerdos de alto ejemplo"

Llegados a este punto, es natural que al perspicaz lector se le ocurra preguntar por qué, si la Villa se fundó el 1868, celebramos el cincuentenario en 1922. Respondemos que es porque creemos que, en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, no se cuenta el tiempo de la gestación. Y bien: Villa Colón, delineada a fines de 1868, fué un núcleo real de vida humana en 1872. (*). En los tres años

---

(*) Creemos que no se realizó ningún acto oficial de la Fundación de la Villa. Como ocurre con otras muchas poblaciones de nuestra República, ésta se dió por «inaugurada» con el remate de los terrenos.

Gracias a la habilidad pesquisidora de nuestro amigo el Dr. Hugo O'Neill Guerra, nieto de uno de los fundadores, hemos logrado tener a la vista el pintoresco aviso del remate inaugurador, publicado en «El Siglo» desde el 21 de Noviembre hasta el 1.º de Diciembre de 1872, fecha en que se efectuó el referido remate. Dice así su página más interesante:

MADERO, PERDRIEL Y Cía.
¡LA LLEGADA DEL MESÍAS
¡EL REMATE DESEADO!
¡EN VENTA POR FIN!
Y DESPUÉS DE CUATRO AÑOS
LOS PRECIOSOS TERRENOS DE LA ¡¡¡VILLA COLÓN!!
EL PUNTO MÁS ELEVADO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL
AL NIVEL DEL CERRITO
POCO MENOS QUE EL CERRO
¡¡¡¡¡¡SUELE VERSE LA COLONIA!!!!!!!
¡¡20 LOTES ÚNICAMENTE EN VENTA 20 LOTES!!

Y sigue con ese trote.

Confesemos que en cuestión de hipérboles subastarías hemos adelantado poco. ¡Ni aún con el genio de don Francisco Piria!

intermedios, la Sociedad fundadora se empeñó en que la nueva población fuese, en verdad, una Villa. Sin ese empeño, pudimos haber resultado un monstruo, o cuando menos, un conato de villa, raquítico y agonizante. En esos años fué cuando el espíritu iluminado y emprendedor de don Perfecto Giot, puesto al servicio de la sociedad fundadora, pudo realizar, en los amplios terrenos de ésta, los proyectos que ya había comenzado en sus propias posesiones. Dice a este propósito un memorial remitídonos por una de las antiguas vecinas de nuestra Villa, la señora Teresa Landívar de Fielitz: (*) "Gracias a ese ideal de lo bello que poblaba la mente del señor Giot, trazó sobre este pedazo de tierra uruguaya, un plano que, en todos sus detalles, le recordara el hermoso parque de Monceau, en las cercanías de París, uniendo así el recuerdo de su patria al suelo en que emplearía más tarde todas sus energías de hombre amante del trabajo y del progreso".

Esa es la verdad. Así fué como, en tres años, se transfiguró el panorama de la Villa. Plantóse entonces ese millón de eucaliptus, que ahora son formidable escuadrón de gigantes, en perpetua centinela de doble fila, a lo largo de las grandes avenidas. ¡Y cómo nos caracteriza hoy ese derroche con que se ha sembrado la salutífera mirtácea, en todos los ámbitos de la Villa! Rusiñol, el mágico paisajista catalán, ha escrito por ahí, en un libro de impresiones sobre su viaje a América: "Siempre que siento olor de eucaliptus, me recuerdo de Villa Colón".

Los que vivimos en ella, ¡cómo nos hemos hecho a respirar el aliento acre y resinoso de los gigantes siempre verdes! ¡Y cómo nos mortifica su ausencia cuando el tren nos lleva tierra adentro, donde no sentimos, junto al flequear festivo de sus hojas delicadas, su atmósfera cargada de salud! ¡Y cómo nos acaricia el rostro, con la blandura de un conocido perfume familiar, cuando tornamos a la Villa, al cabo de una separación!

Y con el millón de eucaliptus, los pinos, casuarinas y araucarias, que silban en las noches de viento, como pidiendo silencio para los dormidos moradores. Y los aromos de verde claro, precoces anunciadores de la primavera, que

---

(*) Mientras se redactaban estas páginas la muerte se ha llevado a esta honorabilísima dama, a quien debemos no pocos datos de estos apuntes. Que haya recibido la recompensa de sus muchas virtudes.

en pleno Agosto, vuelcan la cornucopia de oro de sus flores amarillas sobre los bordes del camino, y tientan la codicia de las niñas paseantes, que, cuando el avizor guardabosque se hace el sueco, huyen con su robado tesoro.

Y como un blasón de morada señorial — ya que en nuestra tierra de democracia incandescente no era dado circunvalar la villa con fosa y muralla y separarnos del vulgo con un puente levadizo guardado por un hierático enano — el original señor francés, que acaso guardaba en sus venas algunos glóbulos de sangre feudal, guarneció las entradas de las



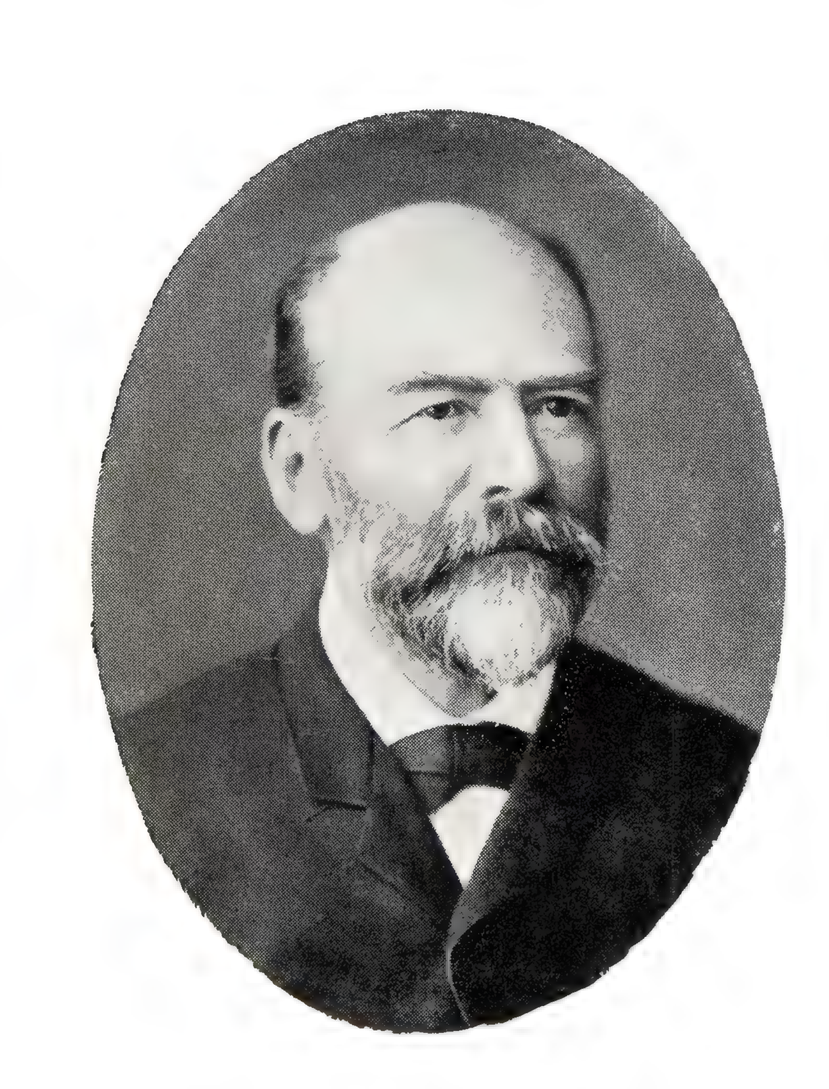
Chalet de la Sra. Elvira Q. de Mailhos



Chalet de la familia Idiarte Borda

cuatro avenidas primarias con esas monumentales pilastras que perduraron hasta hace pocos años. En ellas moraba, a la manera del enano feudal, un guardián que cobraba peaje, y que, por las noches, se contentaba con tender una cadena — naturalmente, levadiza — para asegurar la paz del sueño a los castellanos, contra el chirrido de los trasnochadores carretones de campaña.

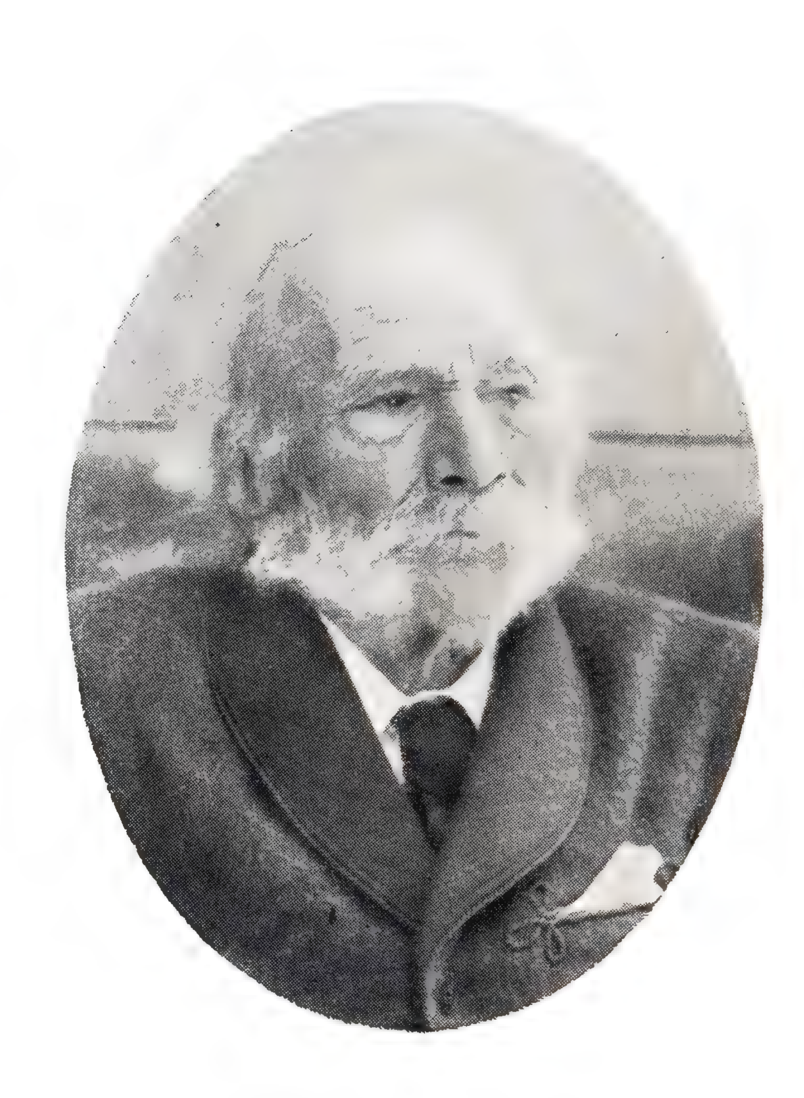
Y aquí, en el corazón de la Villa, donde las calles llevan el nombre de las Carabelas audaces, la mano de artista de don Perfecto delineó y arboló una plaza que fué, en sus



Don ANACARSIS LANÚS



Don AMBROSIO P. LEZICA



Don ENRIQUE FYNN

días, y al abrigo de la mirada patriarcal de los fundadores, refinado jardín, digno de un duque de Enghien. "Esto no es sombra de aquello, nos dicen los viejos pobladores. ¡Si viera usted los cordones y las sendas de cantillos blancos y rojos! ¡Y las flores que había, traídas de *las Europas!;* y las dos fuentes de mármol blanco, con unos payasitos en la cumbre, que echaban agua para todos lados! ¡y los peces de colores, rojos y overos y tubianos! Era un embeleso, señor.".

Y hubo de ser verdad, porque en el plano de delineado



Chalet de la Sra. de Monteverde



Chalet del Dr. Arrarte

que poseemos, en la numeración de las plantas originarias y exóticas que aún nos quedan, al cabo de cincuenta años de descuido — difícilmente imputable a nadie — se presiente todavía el diseño de quien sabía, ya entonces, que los parques son jardines grandes, y que necesitan, por lo mismo, más jardinero que los jardines chicos. Aunque la verdad sea perogrullesca... hoy no tenemos jardín, ni grande ni chico.

La Avenida central llamábase entonces Isabel 1.ª o Isabel la Católica, y llegaba desde el Camino Nacional hasta la

casa-quinta de Horne, dos cuadras antes de la plaza. Allí cambiaba su nombre por el de Pérez Marchena, y después de bordear el macizo central de la plaza, continuaba hasta los campos abiertos. Por la Avenida Isabel 1.ª, la Sociedad Cornelio Guerra y Cía. hizo funcionar (dicen los papeles viejos), "*una* tranvía, recorriendo el terreno desde la Estación del Ferrocarril Central de aquella localidad, hasta la plaza de Villa Colón, siendo los rieles, que recorren el espacio desde el terreno a la Estación mencionada, de hierro, y los demás, de madera".... De rojiza madera de ñandubay, de los que algunos quedan aún sosteniendo zarzos de viejos parrales.

La sociedad hizo construir también, para servir de modelo a los nuevos pobladores, cuatro chalets, que eran entonces la última palabra de la arquitectura veraneante. Hoy, pasados de moda, como el miriñaque y el polizón, llevan resignados su humilde condición de cuartos de servidumbre, recostados a los suntuosos palacetes modernos.

*
* *

Este era el aspecto de la Villa hace cincuenta años. Silenciosa y recogida en los días de invierno, madurando, bajo el blanco cendal de las heladas, el oro de sus naranjas; resonante y callejera en los del estío, cuando, junto con las golondrinas, llegaban a ella las familias montevideanas, a sazonar las mejillas pálidas y los labios desangrados, con el aire y el sol que pintan las manzanas maduras y encienden el zumo de las guindas en sazón.

De entonces acá, muchos progresos y uno que otro descuido — no somos optimistas por sistema — han alterado accidentalmente en bien o en mal, aquella fisonomía juvenil; pero su alma, el alma hecha de alegría, de paz y de hermosura, que soñó la sociedad fundadora, y que plasmó con mano de artífice exquisito aquel buen señor francés de barba partida y de graves dogos daneses, ésa ha llegado intangible hasta nosotros.

Vamos a verla.

DE AYER A HOY

EN MARCHA

Lezica, Lanús y Fynn. — El 16 de Enero de 1873 se firmó un contrato privado entre la Sociedad Cornelio Guerra, Hnos. y Cía., y la Sociedad Lezica, Lanús y Fynn, por el cual, todos los terrenos de aquélla, sitos en Villa Colón, pasaban al dominio de ésta. Dice así el contrato:

" Hemos comprado de cuenta y orden de los señores
" Lezica, Lanús y Fynn, a la Sociedad "Villa Colón", re-
" presentada por Don Cornelio Guerra, todo el terreno que
" dicha Sociedad posee actualmente en el Pantanoso, cuyo
" terreno fué adquirido de Don Perfecto Giot, constando
" de cuatro millones trescientos trece mil, ciento veinte y
" ocho varas cuadradas, según el plano levantado en Octu-
" bre del año 1868 por el Agrimensor D. Pedro d'Albenas.



LA AVENIDA LEZICA

" De dicho terreno deben deducirse trescientas cincuenta
" mil varas vendidas por la Sociedad anteriormente. Todo
" el terreno invertido en las calles y plazas según están
" delineadas en el referido plano del Sr. d'Albenas, que
" son 633.731 varas: quedando un total más o menos de
" 3.679.397 varas existentes, que son las que vendo a la
" referida Sociedad, al precio de doce y medio centésimos
" la vara cuadrada. Los vendedores dan por muerto, como
" incluso en el precio de venta, lo siguiente: Todo el te-
" rreno invertido en las calles y plazas ya mencionadas, las



Chalet del Sr. Young



Chalet del Sr. L. Pujadas

" fuentes de mármol que adornan dicha plaza, toda la arbo-
" leda existente en la superficie del terreno vendido, el
" puente, los cercos, la Tranvía en construcción, terminada,
" recorriendo el terreno desde la Estación del Ferro Carril
" Central de aquella localidad, hasta la plaza de Villa Co-
" lón, siendo los raills que recorren el espacio desde el
" terreno a la Estación mencionada, de fierro y los demás
" de madera; además, un wagón de pasajeros con sus ca-
" ballos y arreos correspondientes, entendido que la ex-
" tensión de esta vía será, más o menos de treinta cuadras.



La Iglesia y el Colegio que construyeron Lezica, Lanús y Fynn. — Al frente, el monumento a Msr. Lasagna

" También entra por muerto toda la cañería de Aguas Co-
" rrientes existentes, comprendido el brazo principal y
" cuanto exista dentro de la localidad vendida... Monte-
" video, Enero de 1873. — *Cornelio Guerra.* — Intervini-
" mos: La Torre y César, etc.".

Sigue el nombre de las personas que representan el capital suscrito para la sociedad de "Villa Colón". C. Guerra Hnos. y C. Jacobo A. Varela, José Sosa Díaz, Belgrano Hnos., Carlos Uriarte, Duncan Stewart, Carlos Muñoz, Gabriel R. de Azúa, José Peñalba, J. M. Silva, J. Noguera, J. Mendevil, R. Vilarnobo, E. Courrás, J. M. Guerra, J. Fynn, Llamas, A. Fynn, Juan Fynn, Fynn y Gómez, R. Fernández. Total de capital suscrito $ 258.301.73 centésimos. — Febrero, 26 de 1873.

Lezica, Lanús y Fynn era una sociedad integrada por los señores don Ambrosio Plácido Lezica, don Anacarsis Lanús (ambos de Buenos Aires), y don Enrique Fynn (de Montevideo), que se había fundado en 1866 con el fin especial de proveer de aguas corrientes a Montevideo. Realizóse con éxito esta empresa y se inauguraron las aguas el 18 de Julio de 1871, colocándose, como monumento conmemorativo, la fuente que adorna la Plaza Matriz y que lleva referencias a dicha empresa.

Contemporáneamente emprendieron estos señores otras obras de especulación, y entre ellas, la compra de los terrenos de Villa Colón, que ellos esperaban valorizar con importantes mejoras.

Don Ambrosio P. Lezica hizo macadamizar, a sus expensas, la Avenida Isabel 1.ª hasta el puente del Pantanoso. Desde entonces, con plena justicia, la magnífica avenida ha llevado su nombre.



Mons. Luis Lasagna

En Mayo de 1873, la nueva sociedad contrató con don Juan Leániz, la macadamización de las demás avenidas. Pero, su obra más duradera fué, a no dudarlo, la construcción de un templo y un colegio, destinado éste a un internato de enseñanza superior de que entonces casi carecía Montevideo.

Dos años más tarde, después de varias gestiones realizadas por el señor Fynn, la Congregación Salesiana, recién establecida en Buenos Aires, aceptó la dirección del nuevo colegio, y en Febrero de 1877, el doctor don Luis Lasagna abría sus puertas a la juventud uruguaya, llamándolo Colegio Pío.



Colegio Pío. — Viñedo, olivar, Observatorio Astronómico y el Parque

La situación económica creada por la crisis de 1872 y la derrota del partido mitrista el 1874, en Buenos Aires, no menos que los trastornos del 1875 en nuestra República, pusieron en una contingencia delicada los capitales de la sociedad, y ésta, después de valientes esfuerzos para resistir a la crisis, hubo de disolverse, sin lograr el éxito completo de las empresas proyectadas. Pero sus nombres han quedado indisolublemente ligados a nuestra Villa.

Disuelta la sociedad y liquidados, al cabo de algunos años,



Chalet del Sr. José Ameglio



Chalet de la Sra. Elvira Horne de Romero

sus haberes, los terrenos pasaron a manos de particulares, quedando así, desde entonces, librados los más de los progresos de la Villa, a la iniciativa individual.

De los más importantes de ellos iremos hablando en los párrafos siguientes; pero antes señalemos levemente—pues la escasez de documentos imposibilitan un estudio más o



COMISIÓN DE FIESTAS DEL CINCUENTENARIO

Sentados (de izq. a der.) Sr. R. Esparraguera, Pbro. R. Pittini, Sr. Román Freire (Presidente), * Sr. A. Schmidt, Sr. A. Bélinzon.
De pie: Ing. A. Castells, Sr. M. López, Sr. I. Gobba, Sr. E. Raiz, Sr. S. Saquieres, Sr. I. C. Laguzzi, Pbro. A. Mossman Gros, Sr. A. Vizcaino Sr. A. Ferriolo, Sr. P. Leániz

* Debido a sus múltiples ocupaciones, presentó renuncia de su puesto el 14 de Febrero del presente año.

menos completo — la intervención tesonera y eficaz de varias comisiones de vecinos, organizadas en diversas épocas, a cuyo esfuerzo debió la Villa, más de una vez, que sus calles no se volviesen impracticable fangal, escenario de tragicómicos "peludos"; y sus plazas, en desmelenado yuyal, apacible cubil de zorros y comadrejas.

Poseemos un documento del 20 de Enero de 1889, en el que se nos entera de que, con esa fecha, quedó constituída "una Comisión que se hiciese cargo de la administración de la Villa, y arbitrase los medios para proveer a la conservación y compostura de las calles y plazas". Esta Comisión quedó constituída así:

Presidente: Doctor Luis Lasagna.
Secretario: Señor Carlos Ott.
Tesorero: Señor Aurelio Fynn.
Vocales: Señor Francisco Fielitz.
Señor G. Christophersen.

Los elegidos "prometieron, al aceptar sus cargos, atender con celo y actividad a los intereses de todos los vecinos de la Villa".

Comenzó la referida Comisión por "pasar una circular a todos los vecinos y propietarios de la Villa Colón, como también a los que, frecuentando a menudo este pintoresco paraje, puedan tener algún interés en su conservación y adelanto, a fin de pedirles su concurso y oblaciones para las obras que, con la mayor urgencia, se deben emprender". La Comisión no contaba con más recursos propios que la poda de los árboles. Pero trabajó con tesón y buena voluntad. Comenzó por "formar un archivo en donde se recogieran y se conservaran todos los documentos y datos que puedan interesar a los propietarios o a los compradores, y redactar un reglamento para la policía interna y buen orden de la Villa".

Y que los miembros de la Comisión, eran señores ejecutivos, nos lo dice una contrata firmada en Marzo del mismo año, por la cual, don Manuel Leániz se compromete a entregar a dicha Comisión "la suma de pesos quinientos para podar a sus expensas los eucaliptus todos, desde el portón de la Villa hasta la quinta de Ott". Item, el mismo señor "para la compostura de la calle, ofrece piedra de buena clase a $ 1.20 el metro cúbico, y promete poner su dirección para los trabajos, sin exigir retribución, como gratuita donación suya". Los trabajos debían comenzarse antes del 8 de Abril, y no interrumpirse sin previa licencia de la Comisión.

No poseemos más datos sobre ella; pero no cabe duda que en manos de caballeros como los que la integraban, pudo la Villa descansar confiada en que no se empañarían sus blasones.

Sabemos que otra Comisión se formó en Octubre de 1894, también con el fin del mantenimiento de los caminos, y que la formaban los señores don Tulio Freyre, don Domingo



El antiguo Hotel Giot y su entrada sobre Lezica

Basso, doctor Antonio M. Rodríguez, don Perfecto Giot, don Francisco Fernández, don Lino Piedra Cueva y el Presbítero don Ambrosio Turriccia.

En Julio de 1897, la Dirección de Obras Municipales, por medio de su Director don José Serrato, comunica al Presbítero don Pedro Rota, Presidente de la Comisión vecinal, que se dará inmediato comienzo a los trabajos de "arreglo de la Avenida Lezica, desde el Puente del Pantanoso hasta otro que se encuentra más adelante" (entre Peabody y Cervantes).

Esta Comisión, que integraban además del Presbítero P. Rota, los señores Carlos Ott, Luis Morandi, Justo Castro, Basilio de Alava, Pablo Peruzzo, Domingo Moro, Francisco Fielitz, Carlos Gavazzi y Borón Dubard, trabajó, según deducimos de las actas, con atinado orden y minuciosa vigilancia. Se macadamizó la Avenida y se establecieron camineros permanentes; se atendió a la irrigación y se puso, en 1898, un servicio de alumbrado.

¡Harto necesario habría de ser, aunque fuese un mal farol en cada esquina, pues ya sabemos qué boca de lobo era esto hace apenas cinco años, cuando había que caminar "a base" de... rayos de luna y de bichitos de luz, cuando los había!

Pero, ¿y qué se habían hecho esos faroles puestos en 1898? ¡El mal de la cosas humanas incompletas y frágiles! Naturalmente, los faroles llegaban hasta un punto determinado de la Villa. ¿Y el que tuviese que ir más allá? Pues, arrancar el farol y marcharse con él. Algunos fueron encontrados a legua y media de su sitio. Otros — acaso culpados como delatores de citas amorosas — fueron fusilados a pedrada limpia, por algún enamorado vengativo. Dice la gente de entonces, que no habrán durado cinco años en su luminosa misión. ¡Y las canas que le habrán costado al buen don Basilio de Alava, encargado de su mantenimiento, cuando, de la noche a la mañana, se encontraba donde había dejado un fulgente heraldo del progreso de la Villa, con un vano pozo lleno de vacío y oscuridad, o bien con el heraldo mismo, pero hecho añicos el luminoso cerebro!

Esto es cuanto hemos podido hallar documentado sobre las Comisiones Vecinales, que en diversas épocas se fundaron. No fué poca cosa; y de la escasez de los recursos y de los trabajos realizados, nos es lícito deducir, casi planteando una proporción matemática, una enormidad de buena voluntad.

Vamos a historiar ahora, en orden más o menos cronológico, algunas instituciones particulares que creemos han contribuído a caracterizar nuestra Villa y a llevar su nombre, en son de loa, fuera de nuestro ambiente.

EL COLEGIO PIO

Ya hemos apuntado en qué circunstancias la Sociedad Lezica, Lanús y Fynn ofreció los establecimientos recién construídos por ella — la iglesia y los dos cuerpos de edificio paralelos, a la Congregación Salesiana, en 1876.



El tranvía de Giot. — Don Perfecto y los dogos; el guarda enigmático y el auriga barbudo



Avenida Giot. — La de la "descansada vida"

Son una severa construcción de piedra. De piedra extraída del corazón de la Villa misma, que no se contentó con brindar la exuberancia de su savia estallante en verdor y matices de flores, sino que abrió sus entrañas y las ofreció para forjar la morada de sus hijos.

Estaba establecido en las cláusulas del compromiso, que el nuevo Colegio había de ser un internato dedicado especialmente a estudios superiores. Inauguróse el 2 de Febrero de 1877. Abiertos los cursos, se matricularon aquel año, ciento nueve internos, que era cuanto admitía la capacidad del Colegio. El año siguiente, el Gobierno le concedió equiparación con los demás colegios universitarios de la capital, con derecho a rendir exámenes en su propio claustro. Hojeando las matrículas de entonces, surgen cien nombres conocidos: Los Estrada, los Arocena, los Crosta, los Migone, Luis P. Lenguas, los Stewart, los Vilarnobo, Martín Suárez, Martín Arrillaga, Enrique Fynn (hijo), los Cibils, Manuel Quintela, Emiliano Ponce de León, José Romero, los Antuña, los Espalter y la figura romántica de Rafael Fragueiro, que ya remedaba a Bécquer y paseaba, bajo las sombrías arboledas, los pesimismos futuros de *Allegretto:*

En Octubre de 1882 se inauguró en el Colegio un Observatorio Meteorológico, que fué dotado con los mejores aparatos de su época. Publicó desde luego, su boletín mensual y se puso en relación con todos los observatorios del mundo. Quien escribe estas líneas en la torre de ese observatorio, siente que desde los estantes de la biblioteca que lo rodea, lo están mirando millares de revistas y de boletines llegados de los más remotos países, escritos en los más diversos idiomas, y piensa — con un poco de disculpable vanidad — que ninguno de nuestros progresos ha hecho resonar en más lejanas comarcas y ceñido de tan justa gloria, el nombre de la Villa querida, como este silencioso torreón que alza su cabeza sobre ella, olfateando tempestades e interrogando, como una esfinge, los vientos y las nubes. ¿Quién podrá disputarle esa gloria?

Sucesivamente fuéronse fundando un observatorio magnético, uno seísmico y finalmente, uno astronómico destinado, según convenio con el Gobierno de entonces, a dar la hora oficial y facilitar los trabajos geodésicos de la República.

Por veinte años, fueron los únicos que tuvo la nación: acaso de los pocos portavoces que hicieron saber a la gente de ultramar que aquí se hacía algo más que seleccionar ganados.

Y con sus observatorios y con sus aulas repletas, ha marchado el Colegio hasta hoy, inyectando la sana alegría de su sistema pedagógico, hermana del verdor de las arboledas, junto con la gravedad de sus estudios, amigos del silencio. Si entráis a él, o le veréis bullir, estridente de algazara, o miraréis por encima de las ventanas de los estudios, pensativas cabecitas que alambican números o contornean sobre el papel sus frescos pensamientos que aún sueñan con el pasado recreo.... mientras desde el caño del alero,



El lago de aguas dormidas

les hace burla la socarrona petulancia de los gorriones, en eterna vacación.

El fundador del Colegio Pío, y la vida de todos sus progresos hasta el día en que la muerte lo arrebató, fué el doctor don Luis Lasagna, desde 1893, Obispo titular de Trípoli.

En nuestra Villa fundó, además, a comienzos de 1878, un colegio para niñas, que fué encomendado a las Hermanas de María Auxiliadora.

Más de cuarenta años hace que la mayoría de los hijos



Chalet del Sr. Angel Bélinzon



Chalet del Sr. Raimundo Leániz

y de las hijas de nuestra Villa, vienen moldeando sus almas en los dos colegios que fundó don Luis Lasagna. Y hemos de creer que algo les deberán el espíritu de apacible laboriosidad de sus hombres, la hacendosa idealidad de sus mujeres, la intachable solidez de sus hogares.

El bronce y el granito ya han eternizado su memoria. Pero en las almas de los viejos labradores y en la de sus incontables alumnos, pone un panal de dulzura el recuerdo de su vida y la actitud de una lágrima, la sombra de su muerte.



El tentador Pantanoso. — El Cisne Don Paco y los demás personajes de Lohengrin



EL TEA GARDEN COLÓN



Donde los sauces lloran y la gente se ríe y toma cerveza

En pos de él han gobernado el colegio los Presbíteros: don Ambrosio Turriccia, don Pedro Rota, don Juan de Dios Moratorio, don Luis Comoglio, y lo rige en estos momentos don Ricardo Pittini.

Se forjan en sus aulas ciento cuarenta alumnos internos y ciento setenta externos; tiene un espacioso museo, gabinete de física, química e historia natural, viñedos y olivares y colmenas y canchas de football y mucho sol y mucho aire y mucha alegría sonora y luminosa. El espíritu de Monseñor Lasagna palpitando en todas partes.

GIOT

LA CABAÑA, EL HOTEL, EL PARQUE Y LA AVENIDA

Cuando después de 1875 se remataron las propiedades de la Villa que aún pertenecían a Lezica, Lanús y Fynn, gran parte de ellas volvió a manos del señor Giot. Entonces continuó él, en sus propias tierras, su obra de selección y de embellecimiento. A la entrada de sus propiedades, a uno y otro lado de la Avenida Lezica, colocó también la heráldica majestad de las grandes portadas. No había puente ni rastrillo, pero había dos perros daneses que hacían cruzar, de uno a otro confín de la cabaña, el cerrojo sonoro de su fiero ladrido. Y la cabaña, "Los Rambuillets", iniciada acaso diez o más años antes de fundarse la Villa, era ya un establecimiento modelo de mestización y refinamiento, donde había ovinos, caballares y vacunos europeos y donde se estudiaba, con consciente empeño, las mejores adaptaciones a nuestro ambiente ganadero. Hasta se daba el lujo el aristocrático señor, de tener llamas, alpacas y vicuñas, y un pequeño jardín zoológico y botánico.

En años posteriores construyó, frente por frente, un espacioso hotel y un elegante chalet, y plantó, en una gran extensión, un parque de acacias, aromos y eucaliptus lleno de sombra y de silencio. ¡Siempre la obsesión de los árboles! ¡Cómo los amaba y los cuidaba! Parecía que en sus venas corriera savia en vez de sangre.

Nos narra una antigua vecina: "Recorría una mañana a caballo, su parque con un amigo y sus inseparables dogos. De pronto se detiene; ruge una interjección en francés, salta del caballo y se dirige a los árboles de un cerco: está ebrio de ira. Sus arrendatarios le han ceñido y clavado los alambres del cerco a sus árboles ¡a sus árboles! Y ya el hilo maldito se encarna en la corteza que llora savia de dolor!... Se encorva, lo aferra con las manos crispadas, con los dientes...

—Don Perfecto, — le insinúa el amigo, — mandaremos a los peones...

—¡Ah! ¿sí? — brama el iracundo señor; — si usted viera que le maltratan o le ahorcan un hijo ¿esperaría usted para socorrerle?...".

Para comunicarse directamente con el Camino Nacional, trazó, en medio de esta propiedad, una amplia avenida franjeada de sus predilectos eucaliptus. Hoy, por encima de los chalets, los gigantes se miran de soslayo con sus hermanos de Lezica, y dialogan:

—Somos la arteria aorta de la Villa — dicen éstos.

—Ya os moriréis de congestión cardíaca.

—Ostentamos regio collar de focos eléctricos.

—Llamador de bichos y sabandijas.

—Somos verde dosel de tranvías y automóviles.

—Que os dejan a la miseria de polvo y de fango.

—Somos la alegría bulliciosa de la vida.

—*(Cantando con música de Leyenda Valacca)* Nosotros: "La escondida senda por donde han ido — los pocos sabios que en el mundo han sido".

Y mientras por Lezica hacen un dúo el "chanchito" de un *taxi* y el gongón del 41, por Giot, el viento se va silbando Granada de Albéniz.

El hotel-parque, con su lago de aguas dormidas y su



Chalet del Ing. Lamolle



Chalet del Sr. Mario E. Raiz

bosque lleno de nidos y sus hamacas, amigas de ensueños, fué, por muchos años, cimbel de veraneantes forasteros, edén de plácidos idilios, cielo obligado de lunas de miel, convalescencia de cuerpos y de espíritus cansados.

Desde el hotel hasta el Camino Nacional, hacía el transporte de pasajeros un tranvía con rieles de madera, corneta de gorgoritos, recios trotones, y un auriga sonriente y barbudo...

Hoy, ni tren, ni auriga, ni lunas, ni hamacas, ni lago, ni hotel. Sólo la avenida silbante, y el parque mudo. Y en

las viejas cortezas, como rastros de heridas cicatrizadas, monogramas, fechas, corazones. . . indescifrable jeroglífico que ayer pudo decir, amamos. Hoy sólo dice: pasamos.

Pasó también el señor de barbas partidas creador de tanta belleza. Por la regia avenida desfilaba, hace ya veintiséis años, una tarde sombría y triste de otoño, la carroza funeraria. Aquí y allá, arcos de verdor con crespones de duelo y antorchas ardiendo. La banda popular gemía sus notas. Y tras el cortejo de amigos y empleados, los graves mastines aullaban entre dientes.



El Pantanoso donde se hace selvático



Donde a la Avenida le da por serpentear. A la izquierda está la casa-quinta que fué de Doña Inés Botet de Romero, la que nos libró de llamarnos Chicago

LA CANTERA
EL ARROYO
TEA GARDEN
COLÓN
GRAN MONTECARLO

Allí donde el Pantanoso, como un ceñidor verde-sucio, marca la cintura de la Villa, sobre la mano derecha de quien llega, por los años de 1874 vivía don Juan Leániz. Más allá, junto a la quinta del doctor Castellanos, se abría la cantera de piedra. Aquel vascongado señor, que venía de su tierra de roca viva, y había

respirado aire de robledales, era perito en el arte del barreno. Él y sus hijos don Raymundo y don Manuel, hicieron toda la primera pavimentación de la Villa. Ellos arrancaron toda la piedra para el templo y el Colegio. ¡Y vaya usted a saber cuánta piedra más! Hasta aquellas que acribillaban los indiscretos faroles de don Basilio, fueron quizás de las que arrancó el pico de don Juan.

Pero allí está también el arroyo con sus sauces llorones inclinados pensativos sobre el agua, garabateando con sus móviles cabellos, sobre la tersa linfa, sus poemas frágiles



Chalet de Don Remigio Castellanos



Chalet del Ing. Alberto Castells

que la onda se lleva en cada instante. Y por las noches, la sinfonía de las ranas y los grillos y el coral de los bichuelos incontables; y, de tanto en tanto, la "góndola de alabastro" de la luna, que viene a leer los poemas de los sauces y a insinuar un ritmo de barcarola a los monótonos sinfonistas. Y en las tardes veraniegas, sombra y frescura y, en las aguas profundas que detiene la esclusa, el plateado lucir de las mojarras retozonas, y el zabullón de las tarariras que se despiertan azoradas. Era toda una tentación el solitario Pantanoso. Aparecieron los ingenuos pescadores

de caña. Uno que otro bañista furtivo, venía a refrigerar el fatigado cuerpo, y en la media tinta del atardecer, asomaba entre los sauces el dorso bronceado al sol.

Los días festivos, las familias montevideanas, llegaban en sus lustrosos carruajes a la costa del tentador arroyo.

—¡Oh! ¡si tuviéramos un bote!

—Tirado por un cisne níveo.

—¡Lohengrin de cartón!

—¡Elsa de percalina!

—Bueno; pero un bote donde podamos ir toda la familia.

—Sí, doña Ortruda..

Y el bote vino. A falta de cisne fué su piloto un señor don Paco, "andaluz pá servir a ustede". Hombre de buena musculatura y de hipérboles no siempre tan buenas.

—Don Paco, ¿cuánto nos cobra por una hora de bote?

—Un peso por presona.

—Lo vamos a hacer llevar preso por estafador.

—Es la costumbre que tengo e'esagerá. Son dos reales...

Pero al rayo del sol los remeros jadean y los paseantes se achicharran.

—¡Qué bien estarían unos refrescos al bajar!

—Se irán a buscar a Colón.

—Y llegarán incandescentes.

—Hay que poner aquí un despacho de refrescos.

—Y en invierno uno de recalientes.

Y también vino el "Despacho". Un modesto quiosco que instaló, en un principio, don Manuel Leániz y que satisfizo a los jadeantes y a los achicharrados.

Después, cuando ya el Hotel Giot dejó de serlo, fué menester heredar su clientela y transformar el "despacho" en algo más cómodo y respetable.

Don Felipe Monteverde hizo construir un gran salón y algunas glorietas, y aquello llegó a ser así el *Tea Garden Colón,* o sea, *Jardín de te;* pero en inglés resulta más aristocrático y más incomprensible. Pero ya daba gusto sentarse a las mesitas de patas de araña, debajo de los paraísos y sauces, y hablar sobre cosas trascendentales, frente a un espumoso jarrón de cerveza.

Después, no sabemos quién, lo volvió a bautizar, y hoy se llama: *Gran Montecarlo.* Séanos permitido ponernos de pie y darle nuestro más sonoro *no apoyado,* por lo de "gran" y por lo de "Montecarlo"; porque no es ninguna de las dos cosas, ni juntas ni separadas.

Pero la gente no se fija en el letrero y sigue yendo a inundar la explanada y el salón; a comer sándwiches con cerveza, y a tomar te con tostadas, sin pensar en ruletas ni en cosas graves... ni siquiera en suicidarse.

El Centro Nacional de Aviación

AERODROMO "VILLA COLÓN"

Es el hijo menor de la Villa. Tiene, de los hijos menores, el alma exuberante y aventurera, el ideal audaz y novedoso, la vida rumorosa y volandera. Como los niños,



EL CENTRO NACIONAL DE AVIACIÓN CIVIL. — EL NIDO Y LAS AVES



Dr. CÉSAR MIRANDA

Actual presidente y principal propulsor de los progresos del Centro

como las aves. Cuando vemos sus pájaros enormes vagar, en inmensas curvas, entre las nubes y el sol siempre pensamos en la Ballatella de "Pagliacci".

Ma i boemi del ciel seguon l'arcano
E vanno, e vanno... e van...
Poter che li sospinge,

Han hecho bien en venir a vivir con nosotros. Nosotros queremos que la Villa sea siempre un esfuerzo de ascensión, un ímpetu de alas, un vuelo de ensueño y de esperanza. Y ellos nos dicen cada día: ¡Que bien se está allá arriba! ¡Cómo se ensanchan los horizontes! ¡ Qué pequeños parecen desde aquí aún los hombres grandes de la tierra!

Si les preguntáramos qué les parece la Villa desde cuatro mil metros, nos dirían: Una enorme esmeralda. Ellos ven la verdad del futuro. Esto debe ser una joya.

El Centro Nacional de Aviación fué fundado en 1914, con el exclusivo objeto de fomentar la aviación en el país. Su primer Presidente fué don Joaquín Sánchez.



Don ANGEL ADAMI

Director del Centro, de los que pueden contar que no es cuento la ley de la gravedad

La guerra europea entorpeció por unos años sus progresos. Asumió después la presidencia el doctor César Miranda, que le imprimió vigoroso impulso, estableciendo el aeródromo en Villa Colón, en sitio de inmejorables condiciones técnicas.

A los esfuerzos del Centro debemos el haber podido admirar a los grandes aviadores extranjeros. Él nos trajo a Domenjoz, aquel mago de los *loopings*. Él ha organizado las varias líneas aéreas que han trasportado correspondencia y los viajes entre Montevideo y Buenos Aires, con pasajeros. Desde esta torre, donde escribimos, hemos visto, cien veces, pasar la nave azulada del "Farman" enorme, y la hemos saludado con entusiasmo: ¡el bravo pájaro estrepitoso y magnífico!

Al amparo del nido, ya han "aprendido a volar" varios audaces compatriotas: don Angel Adami, actual director de la Escuela; Carlos Zerbino, Daniel Artagaveytia, Carlos Pons, E. Lassernay. Hacen sus pininos aéreos en dos "Avros" y dos "Aircos".

Pero también la racha trágica sopló su aliento negro sobre el campo de las proezas. ¡Shingleton! ¡Oh, el buen inglés de ojos verdes, francos y dulces como su alma sajona, que nos decía *my dear,* a los cinco minutos de hablarnos y nos estrujaba la mano con el calor con que empuñaría el bastón de mando de su "Avro" fatal! Y Muñiz Lievingston y Straumann... ¡Ah! señor Adami!, usted tiene Dios aparte...

EL SALMO DE LOS VIÑEDOS

DON FRANCISCO VIDIELLA

Después de puesto ese doble título, que es una sola realidad, sentimos la tentación de escribir estas líneas en versos. Porque sube tanta gracia de poesía desde este mar de vides que nos circunda, y hay tanta apostura de héroe legendario en ese monumental viejo, creador de la miel de los racimos en nuestra tierra, que el alma apresta los moldes del ritmo, y el verbo llega a la pluma ya forjado con el cascabel de la rima. ¡Bien haya quien los cante con la música de las ingenuas flautas de caña, y el verso sahumado de mosto de Gabriel y Galán!

Hace casi treinta y tres años se inauguraba en la Plaza de Colón, esa serena estatua de bronce que el rudo pedestal de granito soporta casi con esfuerzo. Si le pudiéramos insuflar el alma de acero del recio batallador que habitó en su héroe, no habría granito capaz de soportarla. Porque eso fué el espíritu de don Francisco Vidiella: una incontrastable fuerza de montaña gravitando hacia un ideal.

Treinta y nueve años hacía que aquel laborioso señor forjaba su vida y su fortuna en nuestra tierra, dedicado, con una tenaz energía, con una preclara inteligencia, con

una orientada evocación, a austeros afanes comerciales. Su firma llevaba dondequiera timbres de altísima confianza, y su fortuna iba volcando en sus arcas dicha y sosiego para sus años de ancianidad. Harto derecho tenían sus casi cincuenta años de lucha, de reposar el trabajado cuerpo en la tibia blandura de su hogar, y curar, con frescura de caricias de hijos, las muchas arideces de su vida agitada.

Pero el austero trabajador pensó que sus sudores de ocho lustros eran sólo deuda pagada a su propia conciencia y tributo invertido en el propio bienestar; y que le quedaba aún, con la tierra que le había brindado hospitalidad, con la tierra de su esposa y de sus hijos, otro débito que su alma de caballerescas gallardías, no pudo considerar saldado con tantos ejemplos de honosta laboriosidad, de tenaz e inteligente esfuerzo. Su magnanimidad le exigió una obra de absoluto desinterés, y él supo realizarla grande, hermosa y característica. Auscultó el seno de la tierra de sus afanes e inquirió qué simiente ambicionaban sus entrañas, que le crease nuevo raudal de riqueza y de hermosura. Y la tierra le habló:



Don FRANCISCO VIDIELLA

"Dame coronas de pámpanos, porque quiero ser alegre; y dame suavidad de olivas, porque quiero ser buena".

Y bajo los cabellos plateados del grave mercader, pasó, como un vuelo de ángeles, el ensueño infantil de su tierra catalana, con sus montañas blancuzcas; y en ellas, el telar prodigioso de los viñedos del Priorato y los "azules olivares", donde sus padres y sus abuelos habían sido felices, junto al topacio de los lagares y al oro de las tinajas.

¿Por qué no realizar el sueño en las colinas de la segunda patria? ¡Oh! ¡la hermosa utopía! ¡Las pobres tierras de rastreras gramíneas y de abrojosos trebolares! ¿Quién les va a pedir opulencia de racimos y aceitunas? Él.

En 1876, después de un viaje de estudio por las regiones vinícolas de Europa, llegó ya con la certidumbre de su sueño. "Todo es cuestión de tiempo", decía el admirable señor, "no podéis pretender que un niño tenga la misma fuerza que un hombre de cincuenta años".

Y él hizo su plantel de niños viñedos y olivares que, por años, le dieron, como los niños, unas pocas caricias y mu-

chos desvelos y sinsabores. Pero triunfó. Al cabo de siete años de lucha, cuando la amiga muerte vino a llevarse su gran alma, ahí quedaba, estereotipada en el seno de la tierra, la gran lección de constancia y de trabajo: ochenta mil cepas de primera clase y de variadísimas especies, y cinco mil olivos en fecunda producción. Y en la conciencia de nuestros agricultores la certidumbre de que nuestra democrática tierra de gramíneas y trebolares, guardaba su caudal de "savia



Monumento a Don FRANCISCO VIDIELLA

azul" capaz de forjarse un blasón, con gules de vinos y oro de aceites.

Esa es su obra. El Gobierno le otorgó una medalla de primera clase y un premio de dos mil quinientos pesos; y la gratitud de los uruguayos lo alzó, hecho bronce, sobre ese pedestal de granito. ¡Está bien, magnífico viejo, recio y noble como tus montañas condales! Ya tus hijos y tus nietos y los hijos de sus hijos, cuando beban el zumo de las vides que tú arraigaste en su tierra, sentirán como un



Chalet del Sr. Groscurth



Chalet de la familia Durante

sabor de nobleza que les conforta el alma, como si la flor de la tuya viniese palpitando en el suave licor. Y estás bien ahí en tu isla de piedra, sobre el mar de los viñedos, para que las manos rojas de mosto te saluden al pasar; y el hervor de los lagares que fermentan vaya hasta tí como un incienso de gratitud.

¡Vino y óleos! ¡Ah! austero viejo de mirada pensativa: eres como el samaritano de la parábola divina. ¡Él llevaba también zumos de uvas y de olivas!

HOMBRES Y COSAS

LOCOMOCIÓN Y ALUMBRADO

DE LOS CARRUAJES Y OMNIBUS AL TRANVÍA ELÉCTRICO

Ya dijimos que, al pasar los terrenos de la Villa, de la Sociedad Cornelio Guerra Hnos. y Cía., a Lezica, Lanús y Fynn, se incluía entre otras cosas, un tranvía con arreos y caballos, cuya línea corría desde la Estación del Ferrocarril hasta la plaza de la Villa.

Se debió inaugurar de Enero a Febrero de 1873, según consta de los pintorescos avisos de Madero, Perdriel y Cía.

La estación del tranvía estaba frente a la esquina del Colegio de las Hermanas, en el cruce de Lezica y Niña. Nada sabemos, de visu, del tal vehículo, pues no hemos logrado ninguna fotografía. Tampoco hemos averiguado con precisión hasta cuándo rodó sobre sus carriles. Pero sabemos de él una cosa extraordinaria: ¡que era gratis! Tiene méritos de sobra para pasar a la historia.

Ya dijimos también que el señor Giot puso, a su vez, un tranvía en su Avenida, desde la Estación hasta el hotel. Los coches tenían cuatro filas de asientos y en la parte superior un letrerito, en forma de cinta movida por el viento, donde se leía en francés: *Station a Hot-Park Giot.*

Suponemos que del otro lado diría: *Viceversa.*

Respecto a la gratuidad no nos aventuramos a decir nada. La presencia, en una fotografía, de un bien trajeado guarda, nos inclina a dudar de ella; pero confesamos que no le hemos podido encontrar la cartera de cobranza ni revisándole con una lente de gran aumento.



Don DOMINGO MORO

Pero el hombre de la locomoción en la Villa, el que se dedicó a ella con empeño y constancia, casi diríamos con vocación, fué *don Domingo Moro;* el verdadero *motor-man de* Villa Colón.

Ya en 1888 se estableció con un carruaje. Un día en que iba a la playa con la familia de don Juan Pedro Serrés, el ferrocarril lo dejó sin coche y sin caballos. Pero le dejó la vida y el valor. Compró otro carruaje y siguió luchando. Más tarde perfeccionó el material rodante. Adquirió un ómnibus. Fué, dicen, el primero que se introdujo aquí. Lo eximieron de derechos de aduana y ganó medalla de plata en una fiesta de la locomoción. Hacia el re-



El omnibus de Don Domingo y muchas caras conocidas

corrido desde la Estación al Colegio Pío. ¿Quién de los de entonces lo podrá olvidar? Rodando, estridente como una aplanadora, sobre el macadam de Lezica, sonando su cornetín de voz de venteveo, en cada esquina. Y los domingos, cuando la gente volvía de sus quintas con los enormes ramos, desbordantes por los costados del vehículo, entre la algarabía de risas y voces, parecía el "trencito de don Domingo", un gigantesco tiesto de flores invadido por una banda de gorriones.

A veces le entraba el espíritu bohemio y se salía de su itinerario común. Íbamos por Sayago y por Millán, subíamos por Larrañaga, marchábamos por el Camino Maldonado. La gente salía a las puertas a verlo pasar y los chicuelos se entraban corriendo y gritando: "¡Mamita, mamita, un tranvía por enfrente de casa! ¡Deben haberse disparado los caballos!". ¡Qué habían de disparar, los buenos rocines!

Otras veces, salía por la noche, a deshora, y tocaba una diana de cornetín frente a ésta y aquélla casa. Andaba enganchando los filarmónicos del *Coro Perosi*. Porque don Domingo tenía el alma sonora y el espíritu fiestero de su tierra veneciana. Él era el número uno de todos los programas populares.

Él "inventó" el corso en los Carnavales de Colón, ofreciendo gratis sus carruajes por varios años; él fué, con don Juan Pavanello, fundador de la Banda Popular; él inundaba de gallardetes la Avenida en las fiestas patronales y en las grandes recepciones. Era un emprendedor. En su tierra fué "caporal maggiore"» de artillería y armó la primera ametralladora de la guerra de África.

Pero ya los zumbones coches de "La Comercial" andaban "sacando chispas" por el Camino Nacional. Llegaban hasta la misma casa de don Domingo. Parecían decirle: "Cédenos el puesto, porque somos la juventud y la fuerza. Nosotros llevamos más caballos en cada coche, que tú en toda tu magnífica cuadra". Y él les cedió el puesto; no por miedo a los H. P., sino, porque ya era tiempo de descansar de su vida andariega. Y dejó su casa ruidosa y se internó, Avenida adentro, en la Villa, en busca de paz y de silencio... Pero aún salía por las noches a tocar la diana a los filarmónicos de su coro. La muerte lo atacó casi mientras cantaba con ellos.



El Tranvía Eléctrico

Don ROMÁN FREIRE

El 23 de Junio de 1912, los coches de "La Comercial", que llegaban hasta la desembocadura de Lezica en el Camino Nacional, hicieron flanco izquierdo y se lanzaron, Avenida adentro, haciendo retemblar los viejos eucaliptus y espantando los corros de gorriones que comadreaban en sus ramas.

Los rojos escudos de sus plataformas fueron poniendo manchones de escarlata entre el verdor de los cercos de yedras, y volcando chorros de gente regocijada y sonante como cascabeles. Llegaron hasta el Colegio Pío.

La Villa hormigueó de pueblo, desde la madrugada. El programa de festejos populares fué de un brillo extraordinario. Salvas de bombas, reparto a los pobres, recepción de autoridades y representantes de la Empresa, juegos populares de todos los colores: rompecabezas, piñatas, sartenes engrasados, juego de la harina, carreras en uno, dos, tres, cuatro, y más piés. La sociedad francesa "L'Avenir" realizó escalofriantes juegos de acrobacia; River Plate y Universal se midieron a patadas; iluminación "a giorno", dos funciones de biógrafo al aire libre; retretas por la Banda Municipal y la del pueblo... Algo legendario. Tenemos a la vista una crónica de "La Razón" de aquel día, que dice cosas fantásticas.



El "Patriarca" Don Román Freire

Senador de la Nación
y durante 16 años Presidente de la Comisión Auxiliar de la Villa
Pero, sobre todo, el que trajo el tranvía eléctrico y la luz ídem, y es, con la ley de Ciudad-Jardín, algo así como el Ariel de la Villa

Pero, aquel día, hubo un hombre que fué el Rey de la fiesta; y entre los números de festejos, el eje y centro fué el destinado a su exaltación y homenaje: ese hombre fué *don Román Freire*. Ya volveremos a hablar de él. Ahora digamos que los coches de la Sociedad Comercial de Montevideo, llegaron hasta el interior de la Villa por obra y gracia de don Román, "el cual, dice el cronista de "La Razón", luchando contra poderosas influencias y oponiendo su voluntad a muchas y poderosas voluntades, logró, al cabo

de dos o tres años, que se cumpliera un pacto formal suscripto entre "La Comercial" y la Intendencia".

Se le ofreció el homenaje en un *lunch,* en el cual, el ingeniero Leopoldo Peluffo, ponderando el esfuerzo del festejado en el logro de aquel progreso de la Villa, dijo que "había obtenido lo que no habían podido lograr todas las autoridades municipales". ¡Ya es decir y ya es lograr! Y razón tuvo sobrada la Villa en ceder el cetro de aquel día de gloria a esa voluntad de falanje, y en hacer flotar sobre sus hombros la púrpura de sus aplausos y vítores.

Y cuando por la noche comenzamos a aislarnos del bullicio del festejo y sólo veíamos el ojo de cíclope y el iluminado ventanal de los vagones cruzar, como un ser fantástico, en la oscuridad de la Avenida, nos pareció vivir a un paso de la capital; y pensábamos en los plantones a la espera de coches, en las caminatas sudorosas hasta la Estación del ferrocarril, en los constipados de los días invernales y lluviosos... en todo lo que ya no volvería, porque el 41 llegaba silbando y se volvía mugiendo, cada treinta minutos: cerradito y cálido, como un cuarto familiar, en invierno; fresco y confortante como un baño de mar, en estío. Y todos hemos pensado con cariño en don Román... Todos... hasta los "sapientes frailes pedagogos", que dice el amable cronista de "La Razón".



Haciéndoles la cama a los tranvías

LUZ

... Pero después que pasaba el tranvía, y se desvanecía el resplandor que circuye su cuerpo — como un dragón de cuentos nórdicos — ¡qué azorante oscuridad la de su inmensa y enmarañada cueva! ¡Cómo le agradecíamos a la luna la buena ocurrencia de alumbrar de noche, cuando le daba por alumbrar! Pero había noches en que el forastero hubiera tenido el derecho de creerse en plena selva virgen. Un amigo

italiano nos ha contado sus impresiones en la noche de su llegada a nuestra tierra. Al bajar del transatlántico, a las 7 de la tarde, tomó un coche en el puerto y le ordenó conducirlo a Villa Colón, donde tenía relaciones. Anduvo, anduvo, anduvo. Al cabo de dos horas de andar, por sitios más o menos poblados, se internaron en un bosque de árboles inmensos. Era noche cerrada. Comenzó a inquietarse. ¡La América sombría y legendaria con indios antropófagos, y con "gauchos" de enorme facón que mataban para "probar el cuchillito"! Y más árboles, y más oscuridad, y más y más... Y el buen hombre pensaba que aquel cochero le llevaría al medio del bosque y allí, ¡horrible! lo descuartizaría para robarle... diez y ocho liras que traía en el bolsillo! Al fin vió una luz... ¡Oh, la guarida fatal!... ¡Había llegado al almacen que está aquí, frente a la esquina del Colegio!

Pero no era para menos.



El Stanley de los eléctricos que por primero exploró la umbrosa Avenida

Y luego, en nuestras casas, la mortecina luz maloliente de las lámparas de petróleo, o el antojadizo y peor oliente acetileno, cuando no el fumigante candil o el funéreo cabo de vela. ¡Eso no estaba con la Villa coqueta y modernista! Y el buen don Román se atuzó los amplios bigotes y se fué en busca de luz más decente.

No hemos averiguado contra cuántas malas voluntades hubo de librar batalla esta vez, ni si pudo más que todo el Municipio. Lo positivo es que pudo. Y después de unos meses de escarbarnos un surco en la Avenida, y tender en el fondo del inacabable surco — como una semilla de estrellas — un infinito hilo que traían arrollado en un monumental carretel, unos buenos señores de blusa azul, fueron colgando, cuadra a cuadra, en el centro de la Avenida, unas lechosas lamparotas, con su nombre de familia escrito debajo; y en nuestras casas fueron desliando un lío de hilos y atándolos con perillitas blancas, y sus-

pendiendo, por todas partes, unas límpidas peras de vidrio. Y una tarde, se vinieron al Colegio Pío hasta media docena de señores respetables, con las manos ociosamente metidas en los sedosos bolsillos de sus gabanes.

Comieron masas y bebieron vino con los dirigentes del Colegio, y, a eso del anochecer, dijeron: "Bueno: ya viene la luz". Y de pronto, como por arte diabólico, se hicieron luz todas las límpidas peras de vidrio, y la noche de los claustros sombríos fué una inmensa constelación de oro. Salimos a la Avenida. Las lechosas lamparotas ardían también, bajo la bóveda de esmeralda de los eucaliptus, como fuegos votivos de un templo druídico. Bajo el chorro de luz que caía de los focos, era la Avenida una luciente cinta de plata, y los autos pasaban ciñendo un halo de átomos de oro a la mágica vía láctea. Era deslumbrador. Casi lloramos de emoción y de entusiasmo. Y los respetables señores de sedosos gabanes, miraban sonrientes y despreocupados, como si nada fuera traerse tanta luz. ¡Y tan mansamente que se la habían traído!



Punta de rieles. — Villa "Esperanza", obra del Arq. Vázquez Barriere

Esta vez, no hubo fiestas populares, ni se le hizo homenaje a don Román. Pero todos pensamos en él, cuando, en menos que se dice *fiat lux*, creamos la de nuestro cuarto, y cuando, mirada en perspectiva, nos encanta la inmensa serpiente de oro que sacude sus escamas entre el verdor de la Avenida.

EL PROYECTO DE CIUDAD - JARDÍN

Ya los 41 nos traían en una hora desde el centro de la Metrópolis, y nos acarreaban, los días festivos, una bandada de contemplativos admiradores de la deliciosa Villa. Y por las noches, los focos rutilantes lloverían polvo de maravilla sobre los dormidos jardines. Podíamos vivir tranquilos y orgullosos.

Pero, al espíritu paternalmente vigilante de don Román, llegó el sobresalto de un lejano peligro para su predilecta



Chalet del Sr. César Mailhos

Villa. Si los actuales propietarios habían tenido bastante idealidad para tratarla con el mimo y la delicadeza que requería su gracia de princesa gentil, bien pudiera ser que llegaran otros, espíritus de toma y daca—de los que hubieran optado porque la llamasen Chicago — que la tratasen como a una Cenicienta. No podía ser. Había que hallar la fórmula legal que asegurara a la princesa su herencia de hermosura. Y fué la Ley de Ciudad-jardín.

Transcribámosla íntegra:

PROYECTO DE LEY

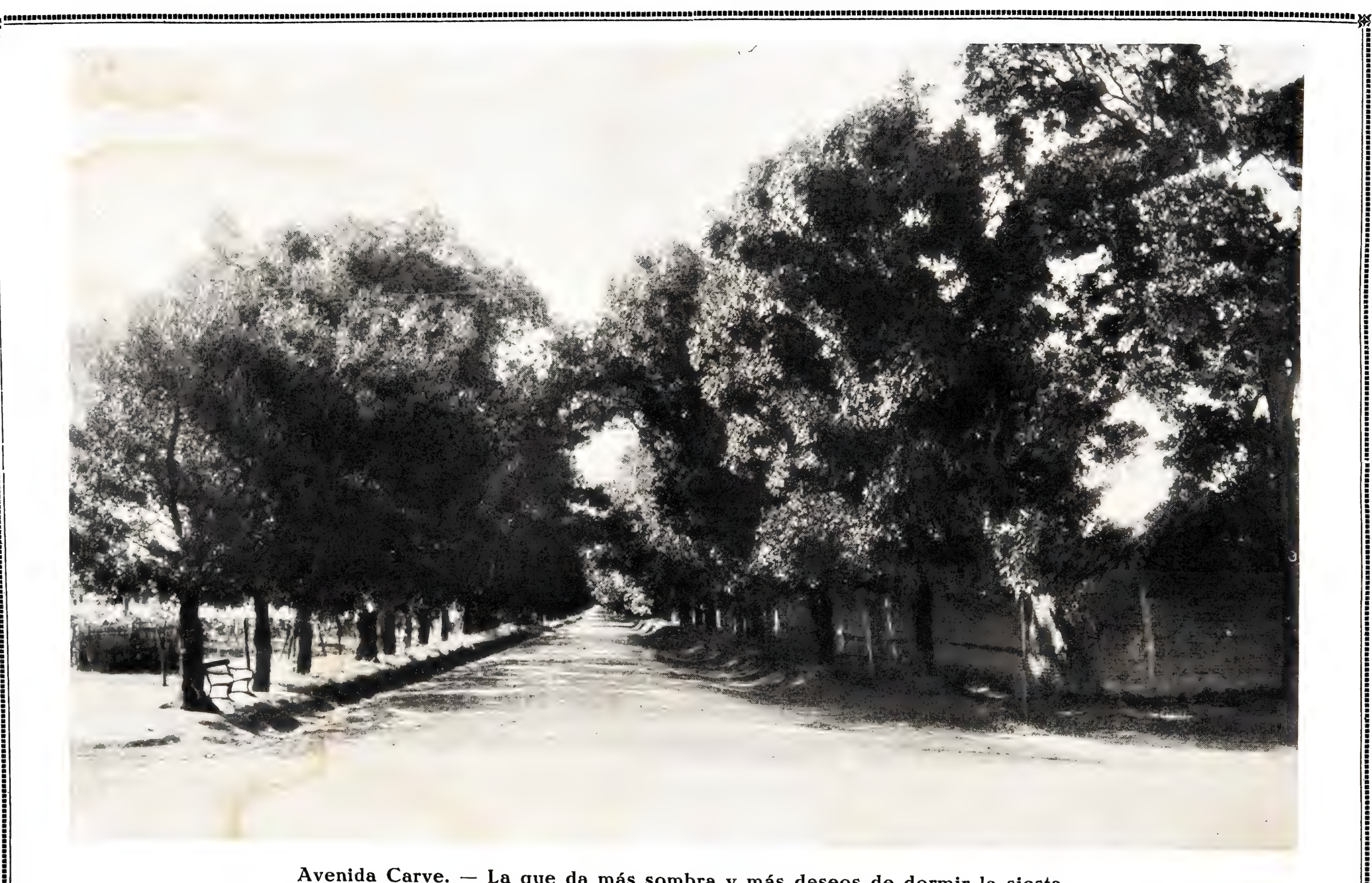
El Senado y la Cámara de Representantes, etc.,

DECRETAN:

Artículo 1.º Desde la promulgación de esta ley todos los edificios que se construyan en la zona amanzanada de Villa Colón (Departamento de Montevideo), deberán establecer sus frentes a cuatro metros, por lo menos, de la línea



Chalet del Sr. J. Mailhos



Avenida Carve. — La que da más sombra y más deseos de dormir la siesta



El Chalet de Don Román

que da sobre las calles, y a dos metros, también como mínimo, de las medianeras de las propiedades entre sí.

Art. 2.° Respecto del cumplimiento de esta ley regirá el artículo 3.° de la ley de Enero 19 de 1916.

Art. 3.° Comuníquese, etc.

Montevideo, Mayo 29 de 1917.

Román Freire,
Senador por Canelones.

Julio M.ª Sosa,
Senador por Artigas.

Sigue la exposición de motivos.

Y bien se ve que en el seno de la Comisión, don Román habló con calor y entusiasmo, porque el informe de don Julio M.ª Sosa es un sonoro panegírico de la Villa, una admirable página de buen sentido, y hasta un modelo de correctísima redacción. Se inicia con una verdad salomónica: "Montevideo es una ciudad mal organizada desde el punto de vista higiénico y estético". Y lo prueba por partes, como una tesis escolástica. Después dice que quiere resguardar a la Villa de ese contagio de la metrópoli enferma: "Nos proponemos, por este proyecto de ley, aplicar tal criterio a una zona determinada de nuestra periferia edilicia".



Uno de los monumentales carreteles

Y viene el ditirambo paternal: "Ninguna más adecuada, a ese efecto, que Villa Colón, por su posición, por sus características, y por su porvenir como barrio-jardín. Villa Colón, por la considerable cantidad de árboles ya desarrollados que constituyen su principal atractivo; por su división en manzanas cuatro veces más extensas que las de nuestro damero urbano; por sus avenidas y calles arboladas profusamente y hasta por su tradición de gran paseo forestal, exige de los Poderes Públicos una atención previsora que impida, con el desarrollo de una edificación maciza, incompatible con la índole misma del lugar, la realización, en lo futuro, de una obra de altas modalidades edilicias y de verdadera atracción panorámica. Antes que las construcciones se multipliquen, malogran-

do el pensamiento renovador que prestigiamos, se impone una disposición de la ley que reglamente la forma en que ha de plantearse el barrio-jardín de Villa Colón", etc.

Y don Román, otra vez contra viento y marea (nos consta que la marea y el viento eran formidables), sacó a flote su ideal y aseguró la dote de idealidad de su princesa, librándola de que manos mercantiles la convirtieran en un futuro más o menos lejano, en una auténtica Teresa Panza, la mujer del positivísimo escudero.



Chalet del Sr. Aquiles Ferriolo



Chalet del Dr. Argante Peragini

La Comisión de Fomento hizo un informe favorabilísimo y el Senado sancionó el proyecto el 15 de Abril de 1918, la Cámara de Representantes, el 2 de Julio, y el Poder Ejecutivo promulgó la ley el 10 del mismo mes.



ESCUELA PÚBLICA N.º 38

ESCUELA DE PRIMER GRADO N.º 38

"El 3 de Marzo del año 1911 se fundó, por iniciativa de la Comisión Auxiliar de Melilla, la escuela de Primer Grado N.º 38 de Villa Colón. Alcanzó una inscripción de 119 alumnos, siendo su directora en esa época la señorita Ana M. Falco.

En el año 1920 se creó, por iniciativa del señor Director de Enseñanza Primaria y Normal, doctor don Juan Aguirre y González, la Comisión Pro Fomento Escolar, cuyo Presidente es el señor Guillermo Hill, y a cuya influencia se debe asimismo la creación de dos nuevas ayudantías.





Los señores de sedosos gabanes que trajeron la luz

En Setiembre 10 de 1920, se inauguró la "Copa de Leche", debido a las gestiones de los señores Román Freire y Luis Otero; esto ha contribuído a prestigiar la Escuela.

En el año 1921 se creó, con evidentes ventajas, el 5.º año, evitándose con esto el pase de los alumnos de ese año a otras escuelas distantes.

Durante ese mismo año comenzó a prestar su concurso honorario la profesora de Corte y Confección, señorita Paula Almada. Esta importante mejora representa un adelanto para la escuela.

En el año 1922, la escuela llegó a completar su mobiliario con nuevos bancos, bibliotecas, máquinas de bordar y otros útiles necesarios.

Estas mejoras se debieron a gestiones realizadas por don Román Freire.

En Abril de 1922 esta Escuela contaba con 135 inscriptos, y su número habría llegado a ser mayor a no mediar la clausura de la misma durante cuatro meses, por reformas efectuadas en su edificio.

A todas estas y otras mejoras ha contribuído eficazmente la Comisión Auxiliar de Melilla."

ESCUELA DE 2.º GRADO N.º 50



Esta escuela, fué fundada en Marzo de 1873, es decir, durante la época de la reforma escolar iniciada por José P. Varela.

Se fundó con el nombre de Escuela Rural N.º 12, y se conocía con el nombre de Escuela de "Bonilla", durante la actuación del doctor don Plácido Ellauri como Presidente de la Comisión de Instrucción Pública.

Su primer director fué el señor Ignacio Ifrán, y se fundó con 8 alumnos.

Hoy cuenta con 240 alumnos, dirigidos por la Directora señora María Julia García y 6 ayudantes. Ha llegado hoy a ser Escuela de 2.º Grado N.º 50.

ÚLTIMOS COMPASES

Y hemos llegado al término de estas líneas. Nadie mejor que nosotros sabe lo mucho que aún pudiéramos decir sobre cosas y personas. Pero no lo hemos de decir, porque no hacemos toda la historia de la Villa, y porque hacemos obra



Consejo auxiliar de Colón



Consejo auxiliar de Melilla

de urgencia. Creemos haber realizado, en la exigua medida de nuestra capacidad, el plan que nos trazamos al aceptar el honroso cometido que nos brindó la Comisión de Festejos del Cincuentenario. Y no ambicionamos nada más. Hemos hablado de la Villa tal como la vemos y tal como la sentimos, con ojos de ardorosa admiración y con cariño casi apasionado. Pero no creemos ni que el entusiasmo nos ofusque la mirada, ni que el afecto desvirtúe la serenidad de nuestro juicio. Todo lo contrario: pensamos que los ojos

que miran con calor, ponen sobre la realidad el fulgor concentrado de su propio fuego interior, y que las almas que aman con intensidad centuplican su capacidad de sentir y perciben la verdad íntima de su objeto con más veracidad que unos fríos ojos analíticos y un espíritu cuadriculado y sistemático.

Por eso hemos escrito así estas páginas. Por eso, y porque no sabríamos escribirlas de otro modo. Quizás a otros les hubiera complacido vernos barajar más números y nom-



Chalet del Sr. Alberto Schmidt



Chalet del Sr. Guillermo Hill

bres, más fórmulas de contratos y trasiego de propiedades.

¡Qué le hemos de hacer! Creemos que, para eso, quedan a disposición de los interesados, los protocolos y la estadística. Para nosotros, Villa Colón tiene un perfume mucho más hondo y grato que el de los papeles de escribanía, y un valor más inmaterial que el de los números que inventarían sus productos: perfume de poesía, valor de idealidad. Y ambos hemos querido que trascendieran de estas páginas. Porque creemos que son los suyos, propios y característicos.



La Avenida, antes de la poda de 1914



Otro aspecto de la Avenida

